

JAVIER, EL TALLISTA Y RESTAURADOR DE ALMERÍA

En mis paseos de idas y venidas por el centro de la ciudad, por el barrio del casco histórico, en la variopinta calle de Lope de Vega, ya muy cerca de la imponente catedral de Almería, veía cómo trabajaba en su taller de arte un hombre, con bata blanca. Don Javier Arcos Quero, tallista y restaurador. Unas veces lo he visto con una imagen de la Inmaculada en la mano, situando masilla blanca en lugares previamente señalados, o dejando a un lado esa escultura y cogiendo otra, o seguir con la que ya tenía encima de la mesa de este despacho tan singular.



El taller es el bajo de un edificio construido posiblemente en la década de 1960 o 70, con una puerta metálica de persiana, ya cansada de su continuo uso. Como vecino cercano está el almacén de una tienda de electricidad, que hay en la misma calle, en la otra acera.

Yo disminuía el paso cuando me acercaba para, durante unos segundos, observar el lugar y su protagonista. La luz intensa de Almería dificultaba tener una visión detallada del interior, pero sí era suficiente para ver múltiples objetos, obras imperfectas por el paso del tiempo que esperaban la segunda oportunidad. Molestar interrumpiendo su labor nunca lo consideré oportuno, aunque hubiera querido saber algo de ese quehacer tan extraño hoy en día, tan admirable para mí. Recuerdo que años atrás yo veía a este artista al otro lado de la calle, en el local que hacía esquina entre Lope de Vega y Calle Vicario Ortega. Posiblemente era más grande que el actual, y quizás también más protegido de las temperaturas extremas en nuestra ciudad, sobre todo en verano. Este primer local del taller se modificó y se ha destinado a vivienda, a un pequeño apartamento. Seguro sus fantasmas tienen mucho que ver con el antiguo trabajo de don Javier y en los silencios habrá sonidos de gubias y cepillos en la madera.

Son mis dos grandes amigos, Juan Miguel Maldonado, activista por la cultura, sin más pretensiones que la de fomentarla dando a conocer artistas y obras (y titular de la Web INDAL-

ÁGORA), y Gabriel Torres, inquieto y enorme artista de la madera, los que me han facilitado conocer a don Javier, y así dialogar con él un buen rato que, al menos a mí, se ha hecho corto.

De este mundo tan apasionante, tan raro por excepcional, lo desconozco casi todo. Ignoraba que se llama tallista, tallador o abridor, según María Moliner, y también internet, al que hace obras de talladura, ya sea en cobre, piedra o mármol, pero sobre todo en madera. Y cuáles son los instrumentos que utilizan: los más comúnmente usados son los buriles, formones, gubias y cepillos, mazos,... Son bellas palabras que designan objetos aun más atractivos.

Talla sería una obra de escultura, especialmente en madera. La madera se talla mediante un proceso de desgaste y pulido, con el propósito de darle una forma determinada, que puede ser un objeto concreto o abstracto. El producto final puede ir desde una escultura individual hasta elementos decorativos trabajados a mano que forman parte de una tracería formada por combinaciones de figuras geométricas.

Nuestro artista de la madera se inició prácticamente de niño en este mundo. Integrante de una numerosa familia, de muchos hijos. Javier sería el octavo, y luego vendría su hermana, a la que llora por su reciente fallecimiento.

De familia balermera, dedicados en cuerpo y alma a la mar, a la pesca, orgullosos del pasado de esplendor del pueblo cuando competía en refugio de barcos con la vecina Adra. Pero el pasado siglo se inició con una profunda crisis que obligó al desmembramiento de la familia, que orientaron sus destinos alejados unos de otros. El padre de Javier se estableció en Almería, en el barrio de Pescadería, el más cercano al mar. Y ahí la familia fue creciendo hasta que la guerra llamada civil, la más cruenta por inundar de dolor todas las relaciones, les obligó a marchar fuera. Huyeron subiendo a la montaña más cercana, y al pueblo menos conocido, Felix. El mismo día que llegaron compraron la casa donde unos meses después nacería Javier, porque ya su querida hermana lo haría en Almería después de concluida la guerra. Volvieron al barrio de Pescadería y su padre a la mar. Sus jornadas tan duras obligaban a la madre a la soledad en la educación de los nueve vástagos. No había posibilidad de resbalar en la educación porque ella siempre estaba alerta.

La primera escuela, la de San José, junto a la Calle de la Reina. Desde ahí pronto llamaron a la madre para elogiar el trabajo de Javier en la clase de dibujo. Fue la mejor palanca para llegar a la Escuela de Artes, que don Javier nombra de "Bellas Artes". Profesores extraordinarios para seguir encauzando las destrezas del alumno aventajado en el arte del dibujo y escultura. Su vecino del piso de arriba, don José Hervás, valenciano, fue uno de ellos. Dejó una huella imborrable, no solo de la obra desperdigada por los templos de la ciudad, sino también por hacer posible el diálogo del esfuerzo combinado con la ilusión y la destreza en la talla de Javier. El profesor Hervás se ha considerado protagonista en la reconstrucción de las cofradías de la Semana Santa almeriense en la década de los cincuenta.

Un recuerdo muy especial también guarda Javier al profesor don Santiago Granados Ruiz, artista almeriense, "experto" en todo lo que emprendía, profesor de *Modelado*, *Vaciado* y *Composición Decorativa*. Se refiere a su casi reciente fallecimiento con sentimiento de desamparo.

Pero Javier era también el niño al que le gustaba el teatro y la música. Consiguió disfrutar de las obras que pudo siempre que no perjudicaran el horario de clases, que su madre y el vecino, profesor Hervás, controlaban.

El joven Javier era diestro en sus trabajos, y poco tiempo pasó por aprendiz en un taller que se ubicaba en la pequeña plaza que hay junto al arco de la calle Real. Los trabajos, ya emancipado de la dirección del maestro de taller, comenzaron recién terminado el servicio militar obligatorio. La autonomía llegó a la edad de veintidós años, y las primeras labores dejaron poco tiempo al ocio.

Había mucho trabajo, que llegaba por doquier. Realizar exquisiteces sobre madera que irían a formar parte de viviendas que se empezaban a construir. Y los encargos de amigos, de familias acomodadas de la ciudad, llegaban una y otra vez. Trabajar en estilos anteriores a esos años de inicio, los que requerían los clientes y en los que el joven tallista era diestro: barroquismo en cabeceros, mesas y muebles de salón; renacimiento con influencias de elementos arquitectónicos en sus diseños, creando piezas que simulaban ser auténticos monumentos en miniatura. Armonía en esa recuperación de cánones clásicos, perfección de las proporciones, porque el maestro pensaba que ahí estaba la belleza más limpia.

Pero lo que fue un signo de elegancia y señuelo para mejor trabajar, también se convirtió en una rémora. Los encargos flaqueaban a la par que en las nuevas generaciones se implantaba el dominio de lo simple en el diseño de muebles, de líneas rectas, y la posible sustitución de los mobiliarios domésticos en poco tiempo como si de papel usado se tratara. Mutación radical en los deseos de la población.

La crisis se iba incrementando con la disminución paulatina de encargos de piezas para templos religiosos y cofradías de semana santa. Cuenta que son innumerables las peticiones a tallistas de otras provincias, sobre todo andaluzas, cuando aquí, en nuestra ciudad, estaban también los mejores. El paletismo es en las cofradías defecto que se generaliza, pretendiendo dar mejor prestancia a una obra si se realiza por artistas foráneos.

El trabajo de la restauración comienza a ser protagonista de las labores del día a día de don Javier, aunque es trabajo diferente y autónomo del realizado como tallista. Serán útiles sus cualidades de escultor de la madera a la hora de enfrentarse a un trabajo de restauración, volver a dar vida a la pieza que no ha respetado el tiempo, el transcurso de los años. Resalta que no todos los tallistas son restauradores, que él sí se formó también en esa faceta especial porque la consideró atractiva desde sus inicios, muy interesante su labor. Uno de sus últimos trabajos ha sido restaurar una imagen de la Inmaculada, de la escuela de Alonso Cano, que se venera en la Iglesia de San Roque, su parroquia, con la que ha colaborado en muchas ocasiones y de la que se encuentra entrañablemente unido desde que la familia volvió de Felix, ya hace tantos años.

Pocos han sido los aprendices que han pasado por su taller, que iban abandonando antes de completar su formación. Cecilio fue uno de ellos. Muy aficionado es su sobrino Javier, que aparece por el taller de vez en cuando. No es tiempo hoy de aprendizaje lento, pausado y constante, sin horarios, que los jóvenes de ahora desean la inmediatez y unas jornadas limitadas para dedicar a ocio el resto del tiempo. Es una labor vocacional.

Su vida pública ha estado plena de entrevistas en distintos medios de comunicación, también en televisión, de reconocimientos, pero ante su perseverante petición de enseñar, de transmitir sus conocimientos en una escuela, ninguna autoridad de la Administración ha resuelto facilitar nada en ese sentido. Las relaciones siempre fueron excelentes con los distintos gobiernos locales que ha conocido, pero las sonrisas y la escucha detenida de su petición, jamás se tradujeron en autorización para desarrollar esa labor de transmisión de saberes, de experiencia artística. Es incoherente otorgar un premio, un reconocimiento público, y que no sea llamado siquiera a dar una conferencia sobre la talla, la que ha sido dedicación exclusiva durante más de seis décadas.

Cuando el “gremio” de tallistas de Almería lo integraban un número importante de artistas, fue normal el buen trato entre ellos, aunque no actuara como asociación promoviendo y protegiendo sus intereses.

Don Javier habla de manera pausada, también con los ojos y las manos. Su voz es grave y, durante nuestra conversación, amable y distendida. Sonríe a la par que dirige sus frases con la mejor de las entonaciones, y muy bien construidas. A veces sesea, cualidad de los que habitaban algunos barrios de la ciudad. De su voz atractiva de posible barítono dice no haberla educado en ningún coro, con ningún profesor. Pero sí le gusta la música, para escuchar en la intimidad de su casa, que tiene una gran colección de discos de música variada, aunque su gran pasión ha sido el flamenco y la copla. Su padre entonaba cantes mientras trabajaba, o en casa, sobre todo por Pepe Pinto, el gran cantaor casado con la también cantaora “La niña de los peines”. Don Javier llegó a ejercer de vicepresidente de la Peña del Taranto cuando presidente fue don Marco Rubio de Bustos, en la década de 1980. ¡Cuánto pudo gozar de las actuaciones en directo! Conoció y escuchó a los más grandes del momento, las hermanas de Utrera, Bernarda y Fernanda, Calixto Sánchez, Chano Lobato, José Menese Scott, y un largo etc. Dejó un bonito recuerdo el gran Antonio Mairena, al que acompañó en su visita a la Catedral de Almería. Y de la copla admira a Juanita Reina, Marifé de Triana, Rocío Jurado. Y de todas ellas tiene historias que contar.

Pero su taller permanece en silencio adornado con el sonido de sus pasos y el uso digno de sus herramientas casi todo el tiempo, con el ruido intermitente de los vehículos que pasan tan cerca. Prefiere ese silencio o los programas hablados de la radio para, dice, seguir aprendiendo. La música la escucha mejor en su hogar, en las horas de descanso.

Recibe visitas a menudo, a veces haciendo preguntas sobre el taller, de respuestas casi imposibles, otras molestando mientras pasan la mano y tocan una y otra vez las piezas que por aquí tiene. Pero son muchos años de trato con la gente y sabe cómo salir de situaciones difíciles. Los amigos también pasan a saludar, como hoy, la señora que entra para dar el pésame por la querida hermana recientemente fallecida. En pocos minutos uno y otra se preguntan por la familia y la salud, ambos con sonrisas de resignación por los momentos difíciles que atraviesan. La despedida es amigable, cordial, bella.

Clientes que fueron y hoy son grandes amigos, que le traen la imagen de la Virgen del Rosario para restaurar el color que un día tuvo, o la cabeza en madera no policromada que alguien tenía encima de una tarima y que ha perdido el color y el barniz.

Hay un amigo entrañable, muy especial, que no olvida, don Juan López Martín, canónigo de la Catedral. Guarda con celo y sonrisa la silla que ocupaba cuando frecuentemente visitaba el taller del tallista. El clérigo admiraba su obra, y a su amigo artista, pero falleció un mal día. Don Javier no confía en la memoria, que puede jugarle una mala pasada, y en el quinto aniversario de su muerte colocó una pieza de mármol plano con una inscripción, junto a la puerta del taller, en la fachada del edificio. No es una lápida funeraria sino la de recuerdo del amigo que se fue, y la ha situado ahí, para que todos la puedan ver, porque todos deben saber que existió ese hombre y esa importante amistad.

Está escrito:

IN MEMORIAM D. JUAN LÓPEZ MARTÍN

“...Nos hemos quedado huérfanos y con nosotros un sillón y sus aromas a cedro, a tarde, a tertulia, a confesión, a confidencia de amigo, a esperanza, a deseo de vuelta, a despedida, a regreso. Nosotros, al fin y al cabo, seguiremos pasando y, al mirar y ver el sillón vacío, continuaremos nuestro camino subamos o bajemos por Lope de Vega. Se nos fue nuestro padre y sólo nos quedó el sillón vacío que llenaba de humanidad el taller de imágenes inertes.”

Siendo su V aniversario. Annus fidei Almería julio MMXIII

¡Cuántas veces he pasado, leído y no entendido estas palabras! Ahora sí, y son las más bellas dedicadas al amigo que murió y que tanto se añora.

Terminamos este breve diálogo comentando sobre el mañana de este arte. El futuro de la talla es ya hoy difícil, tranvía que ya no tiene parada en nuestra tierra. Quedan algunos tallistas en Almería, más en Sevilla o Córdoba, y casi nadie en Granada, la que dio a los más grandes. ¿Resignación? No, porque cree en la belleza, en el arte relacionado con la madera y, aunque diga en algún momento que la talla terminará por desaparecer, sus ojos delatan que no quiere ni pensarlo, lo mismo que tampoco morirá la escultura en piedra o la arquitectura como arte.

Previo a nuestra despedida muestra don Javier dibujos que conserva de estudio y diseño para muebles, pasos de cofradía,... Son en sí ya verdaderas obras de arte, piezas que debieran exhibirse para el disfrute de todos, y así se evitaría su pérdida o deterioro por el paso del tiempo.

Dejamos el taller lleno de vida, pasada y presente, de paredes ocupadas por fotografías de obras, de personas y personajes, de amigos, del maestro en el cartel que el Ayuntamiento exhibió en las marquesinas del Paseo como titular de un oficio extraño. Estanterías de pinceles, aceites, barnices, pinturas, y con luz tenue excepto en la mesa de trabajo.

Carboncillo y cola transparente.
Pigmentos y pinceles
hablando de la misma espera,
del alma que lleva la mano avezada.
No hay milagros en la talla
y sí secretos de ráfagas de luz
que llegan a imágenes quietas,
las que encienden elegancia
y sonoridad
cuando las manos devuelven vida.
Silencio atraído entre el bullicio
de la calle, el tañido de las campanas.
Bata blanca y manos que provocan
el silbido de la madera
todavía de biografía lenta.
El horizonte está por aquí,
en estas tres paredes
cargadas de signos, de mar callada,
ruidos que provocan abrazos tímidos,
de ojos claros junto a pequeñas
flores celestes,
donde reviven entre sombras
y crujidos amables,
de olor a sueños que ya hace tiempo
provocaron la libertad.

Francisco Ruiz Martínez